

en Buenos Aires, nos hicimos el propósito de fundar un centro de Amigos de José Carlos Mariátegui, a semejanza del John Reed Club de Nueva York.

Pero entonces sobrevino la guerra sin cuartel en España; la defensa de la democracia abstracta contra el fascismo real, en todo el mundo; el aislamiento de aquellos que seguían pensando por su propia cuenta lo mismo que habían pensado hasta la víspera; la adulación sistemática como elemento de propaganda; el recurso de la unidad a cualquier precio; la política suicida de la mano tendida al enemigo... Y, poco a poco, la corrupción de los mejores, que es la peor.

Hoy, cuantos resistimos a sumarnos al coro de tan huero oportunismo, para no decir otra cosa, estamos en el deber de formar en torno de la esclarecida figura de Mariátegui pequeños núcleos de hombres libres y desinteresados, a fin de que se vuelva a oír otra vez su clara voz de Amauta.

¿Qué mejor homenaje que el de sentirnos en Santiago, Buenos Aires, La Habana, México, amigos de José Carlos Mariátegui, no sólo en el décimo aniversario de su muerte, sino siempre, mientras conservemos el ejemplo de su vida y de su obra?

Enrique Espinoza